

un grito que no he podido contener; perdónele su desordenada vehemencia, porque es grito sincero, y cuénteme entre sus admiradores más afines.—EDUARDO BARRIOS.

<https://doi.org/10.29393/At252-204PAMR10204>

¿QUÉ PASÓ CON ANA BOLTON? Novela de *Luis Bromfield*. Ed. Ayacucho. Buenos Aires, 1946

Las novelas de Luis Bromfield, han alcanzado en nuestro país, y, seguramente en América, una popularidad y una difusión pocas veces vista entre nosotros, en un breve espacio de tiempo. Posiblemente el inglés Somerset Maugham sería otro de los autores que tendría tanto público para sus libros en los países de habla española.

Y es que en realidad esta literatura está hecha con la sangre y el nervio del hombre que siente que la realidad, que la vida que pasa a su lado cotidianamente, es lo único que llega directamente a la sensibilidad de quienes leen, de quienes sienten que la obra novelesca no puede ser artificio ni largas divagaciones filosóficas que encajan mejor en obras de otro género y para los cuales hay otra clase de lectores.

Además son autores de una amenidad extraordinaria.

En esta novela de Luis Bromfield vemos, como en el caso de «La señora Parkington», a una de esas mujeres excepcionales, que por medio de su belleza fascinadora o por su inteligencia excepcional llegan a colocarse en el primer plano de la sociedad en que viven y logran destacarse en el ambiente por más que las circunstancias sean tan difíciles como lo fueron últimamente en Europa con motivo de la guerra.

Ana Bolton es uno de esos seres raros y fascinadores.

Y esto no era tan fácil porque en las grandes capitales, en los hoteles de lujo, en los balnearios elegantes de la Costa Azul o a bordo de los inmensos transatlánticos, pululaban los espías

en la forma más imprevista y sorpresiva. Nadie podía estar seguro de que detrás de un grave señor cuya respetabilidad garantiza todo el mundo, o de una encantadora mujer, no se oculta un miembro de las organizaciones internacionales de espionaje, que en tiempos ya de la ocupación en Francia por ejemplo, podían mandar a la horca a una persona por la más leve indiscreción.

Sin embargo, Ana Bolton realiza el milagro de actuar en los ambientes más peligrosos y logra salir triunfante de ellos. Los alemanes podían desconfiar de ella por sus relaciones con los personajes más destacados de la resistencia francesas. Con aquellos que soportaban con aparente resignación la humillación que se le infería a diario a su país, pero que en el fondo estaban haciendo cuanto era posible porque los invasores se fueran cavando su propia sepultura en la tierra a donde sus tropas orgullosas habían entrado triunfalmente.

Ana Bolton, el mayor Von Kleist y el Capitán Lambart, son el triángulo apasionante de esta novela de Bromfield. En el fondo, por encima de todos los deberes, de todas las abnegaciones y también de las más negras traiciones, triunfa el sentimiento de estos seres torturados por tantas inquietudes, por angustias que no tienen parangón con las de una época normal, pues nadie sabe qué va a resultar de una entrevista o de una actuación cualquiera cuando hay tantos ojos vigilantes que se defienden y decretan la muerte fríamente cuando advierten cualquier amago de peligro.

Ana Bolton, esa muchacha que de pronto, por medio de la inmensa fortuna que le deja su marido, un viejo millonario, se ve enfrentada a todos esos peligros, obra con un tino, con una especie de adivinación que la guiara por el dédalo de dificultades que surgen de todas partes, y logra defender a los seres a quienes ama. Un niño que no es su hijo, sino que el hijo de un hombre que se parece extraordinariamente a otro muchacho que ella amó, y que fué devorado también por el monstruo de la guerra,

es talismán y brújula en su acción. Y sale adelante; porque ella, el hombre amado y el hijo que los une llegan a respirar el aire de la felicidad. Alguien dice en la novela: Todo es obra de Ana, porque ella hubiera sido capaz de dirigir una fábrica o un banco. —M. R.



LA CAÁ YARÍ. Novela de *Alejandro Magrasi*. Losada, Buenos Aires, 1946.

Casi todas las novelas de la selva tropical, se han hecho famosas, tal vez, aparte de sus méritos literarios, por el enorme relieve que adquiere el tema desarrollado siempre en un escenario de trágico esfuerzo, como una epopeya mil veces realizada y mil veces también ignorada; porque el hombre sin ser héroe tiene actitudes que lo hacen o permiten parangonarse con tipos de esa calidad.

Pero el egoísmo humano por un lado, y, la ferocidad de una naturaleza cruel por el otro, envuelven allí al ser humano, lo succionan, lo estrujan hasta lo infinito y cuando éste ya no es nada más que un pelele, nada más que un pingajo, lo arrojan sin gloria al pudridero, o a la nada, que viene a ser lo mismo.

Es lo que ocurre con los personajes de esta novela.

La Caá Yarí, es una deidad selvática cuyo culto se observa según Magrasi, el autor de este intenso relato, allá en los yerbales de Misiones, en el norte argentino. Según la leyenda, Yarí era una india morena, que se había enamorado de un «caraí», o sea de un indio poderoso que se ocupaba todo el día en derribar árboles, en vencer a las fieras y en hacer mil trabajos tan terribles como esos. Y cuando llegaba donde Yarí estaba fatigado, no tenía deseos de nada, ni siquiera de acariciar a su esposa que ardía de deseos de gozar del ímpetu amoroso de ese hombre tan fuerte: